

# El II Concurso Internacional de Ballet de Moscú

Violeta Kónsulova

(Especial para Prensa Latina)

El Concurso Internacional de Ballet de Moscú constituye la segunda competencia en su género, después del concurso de la ciudad de Varna, Bulgaria, y compara las posibilidades de los jóvenes artistas del ballet de todo el mundo en un certamen inigualable por su belleza. La geografía de la competición obviamente se amplía: esta vez en Moscú, además de los representantes de los continentes europeo, asiático y americano, se presentaron intérpretes de Australia. En total 75 competidores entraron en la lucha por la victoria final. La competencia de Moscú, así como la de Varna, comprende dos etapas fundamentales: la herencia clásica y la coreografía contemporánea, para determinar las calidades de los jóvenes competidores. La diferencia entre los concursos de Varna y Moscú aparece en la tercera vuelta. En Bulgaria la última vuelta se determina a elección (elección entre una producción clásica o moderna); en Moscú la última vuelta de la competencia es fijada con participación obligatoria en fragmentos de piezas de ballet clásico ruso. Ante estas condiciones determinadas por el reglamento del concurso de Moscú, hay que aceptar que los anfitriones ratifican sus posibilidades basándose sobre todo en la coreografía clásica tradicional, cuyas cristalizaciones a través de muchos siglos dan efectivamente posibilidades a los jóvenes competidores de mostrar compactamente su preparación profesional. Otro es el problema en la segunda vuelta del certamen, donde se exige la participación del concursante en producciones contemporáneas y la repetición de la parte clásica. Esto último se ve completamente inútil. Después de la primera vuelta clásica, una repetición similar del repertorio obviamente cansa a los ejecutantes y no agrega nada nuevo a las impresiones sobre su participación.

En el Concurso de Moscú las posibilidades para el éxito rápidamente se dividieron entre el grupo numeroso y muy bien preparado de competidores soviéticos y el grupo de competidores cubanos. En forma polémica se mostró asimismo la participación de los competidores canadienses Karen Kain y Frank Augustin, así como la de los australianos Marilyn Rowe y Kelvin Coe, los cuales sostuvieron su posición en la coreografía clásica (posiblemente sea mejor decir, la posición de la escuela inglesa de ballet). El grupo de competidores soviéticos causó impresión por el dominio sin obstáculos del baile clásico, y la segura puesta en escena, con la energía subrayada de su interpretación. Incluso, no todos los intérpretes soviéticos se subordinan a iguales exigencias, algunos de ellos se apoyan en el estilo de la antigua escuela petersburguesa, que corresponde a la actual escuela de Leningrado. Lo interesante, es cómo las más relevantes representantes de la escuela de Leningrado se constituyeron las alumnas de 17 años, de la ciudad de Perm, Nadiezhda Pávlova y Olga Chéntchikova quienes con brillantez y noble coordinación de baile se destacaron del resto de los competidores (la escuela de la ciudad de Perm fue creada durante la segunda guerra mundial por pedagogos leningradenses). Especialmente debería seguirse el futuro de la joven Nadiezhda Pávlova, una revelación en el ballet soviético, cuyo desarrollo me parece está dado por la acumulación creadora en una muy frágil edad. De los intérpretes hombres, en el grupo soviético, se revelaron el técnico y temperamental Alexander Godunov y especialmente, el brillante Viacheslav Gordeev (los dos ganadores de medalla de oro). El único grupo compacto que aceptó, por derecho, la emulación con los competidores soviéticos fue el grupo cubano (Amparo Brito, Ofelia González, Andrés

Izq. arriba:  
María Elena Llorente y Lázaro Carreño  
(Cuba) en *El río y el bosque*. Carreño  
obtuvo premio por maestría artística.  
(Foto: Roberto)

Der. arriba:  
Alexander Godúnov (URSS), medalla  
de oro. (Foto: PL)

Izq. abajo:  
Merilyn Rowe y Kelvin Koe (Australia),  
ambos medalla de plata. (Foto: PL)

Der. abajo:  
Keren Kain (medalla de plata) y Frank  
Augustin (Canadá). Recibieron accésits  
por mejor conjunto. (Foto PL)





**Izq. arriba:**  
Peter Schaufuss (Dinamarca), medalla de plata. (Foto: PL)

**Al centro arriba:**  
Margarita Drozdova y Vadim Tedeev (URSS), ambos medallas de bronce. (Foto: PL)

**Der. arriba:**  
Boris Blankov (URSS), medalla de bronce. (Foto: PL)

**Izq. abajo:**  
Ildiko Pongor (Hungría). (Foto: PL)

**Al centro abajo:**  
Entre las atracciones artísticas presentadas paralelamente al Concurso, estuvo la interpretación de *La rosa enferma*, de Roland Petit, por Maya Plisetskaya y Rudy Bryans. (Foto: PL)

Williams y Lázaro Carreño) quienes ratificaron nuevamente las calidades de su escuela nacional propia, que goza de reconocimiento mundial. Todos ellos (fue buena la presentación de María Elena Llorrente como acompañante de Lázaro Carreño) se desarrollaron artísticamente y con precisión en las coreografías exigidas, subrayando su belleza armónica, sin precipitarse hacia los efectos externos de fuerza que se igualan al género de variedades (en la competencia del concurso se pudieron observar tales manifestaciones). Entre todos los cubanos vale destacar la interpretación de Amparo Brito, por su elegancia y perfección, para lo cual indiscutiblemente le fueron útiles sus nobles dotes físicas. Como es ya conocido, Amparo Brito resultó la poseedora de la medalla de oro del concurso de Moscú, lo cual se acepta como confirmación continuada de la actividad pedagógica inmejorable de Fernando y Alicia Alonso. Indudablemente, la alta cultura profesional de los dirigentes del ballet cubano ha influido decisivamente para el dominio de la herencia clásica por parte de los jóvenes concursantes, para la acentuación de las cualidades históricas y estéticas de los fragmentos por ellos ejecutados (especialmente en el pas de deux de **La fille mal gardée**, así como en el pas de deux de **Coppélia**). Es de lamentar que una intérprete tan sólida y profesional como Ofelia González fuera eliminada de la competencia después de la segunda vuelta. La causa puede estar en que su participación no fue suficientemente apoyada por la coreografía de Alberto Méndez en su montaje **Tiempos de soledad**, sobre música de Lecuona.

En el concurso causaron impresión con su honrosa presentación los competidores búlgaros (principalmente Mariana Déneva y Eugenia Krísteva), así como la pareja húngara de Ildiko Pongor y Gabor Kevejazi, a pesar de que no encontraron su lugar en la clasificación final. Los primeros lograron conservar la belleza virgen de la coreografía clásica antigua, y los competidores húngaros ganaron las ovaciones de los espectadores con la técnica y la expresividad propia de su interpretación.

La segunda vuelta de la competencia de ballet de Moscú no fue abundante en revelaciones multifacéticas e interesantes en el campo de la coreografía moderna. Puede ser porque en el estatuto mismo del concurso se dedica comparativamente poco lugar a las revelaciones contemporáneas del baile clásico. Las condiciones del concurso evidentemente orientan la

atención de los concursantes, fundamentalmente, hacia la herencia clásica.

Con su participación en la segunda vuelta contemporánea del concurso moscovita, los competidores cubanos de nuevo defendieron la posición estética básica de su grupo nacional, la cual reglamenta en igual grado la significación de la herencia mundial del ballet y de las más nuevas búsquedas en el campo de la coreografía clásica. La puesta de Iván Tenorio, **Rítmicas**, ejecutada por Amparo Brito y Andrés Williams, así como **El río y el bosque**, de Alberto Méndez, interpretada por Lázaro Carreño y María Elena Llorrente, fijan convincentemente la visión nacional de los creadores, quienes saben saturar el texto clásico con un contenido emocional específico, fruto de una profunda, democrática y elevada comprensión. Sin duda alguna, los dos creadores aportan a la renovación de la coreografía clásica.

Una interesante revelación en el concurso fueron las puestas del joven maestro del ballet búlgaro Peter Lukánov: **Polos** con música de Vasil Kazandzhiev, ejecutada por Eugenia Krísteva y Biser Deyánov, como **Fragmentos** con música de Konstantín Iliev, ejecutada por Eugenia Krísteva y Biser Deyánov. En ellas el coreógrafo pone en discusión la necesidad del todo emocional en la existencia del hombre contemporáneo. Un problema similar fue expuesto en el fragmento del ballet **Géminis**, del maestro de ballet Glen Tetley, ejecutado por Marilyn Rowe y Kelvin Coe (Australia).

En esencia, las mejores revelaciones de los coreógrafos contemporáneos que se presentaron en el concurso moscovita, ratificaron las posibilidades del ballet en el fortalecimiento de la fuerza humana de la sociedad contemporánea. Fundamentalmente, en ello radica la fuerza del concurso mismo, porque su predestinación principal se expresa en el apoyo a la amistad irreplicable entre los jóvenes artistas de ballet de todo el mundo, amistad que puede y debe expresarse en una competencia incomparable por su belleza.